

PABLO NERUDA

VOZ VIVA DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO / DIRECCIÓN GENERAL DE DIFUSIÓN CULTURAL

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

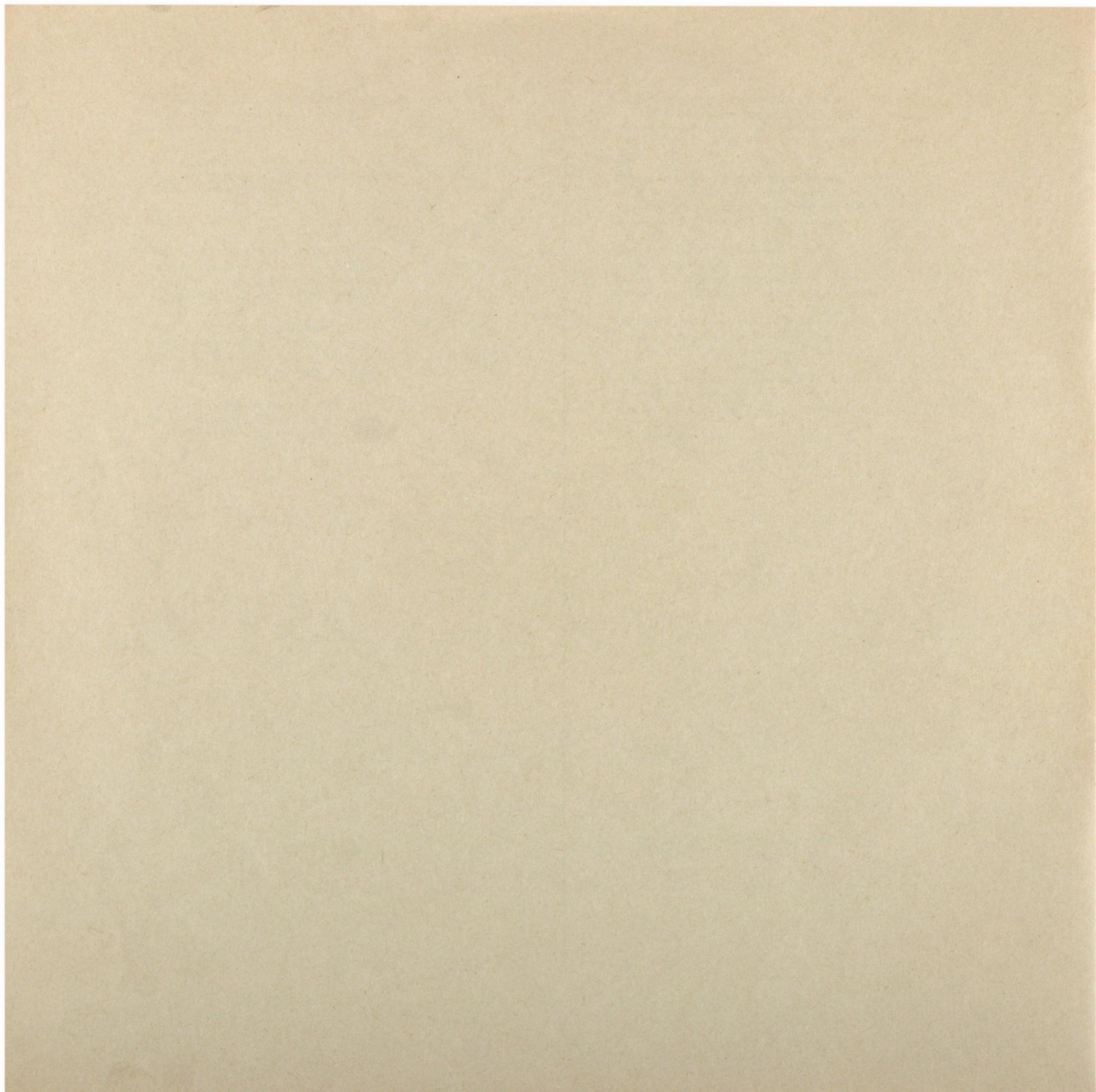


IMAGEN DE PABLO CON PALABRAS DE NERUDA

Yo iba vestido de poeta, de riguroso luto, luto por nadie, por la lluvia, por el dolor universal. Y allí los bárbaros levantaban la copa de sangre.

Un niño silvestre amigo de los libros, de las hierbas, de los insectos y de los pájaros. Pequeño, tierno y duro como una semilla que sabe secretamente que va a henchirse de humedad terrestre y a crecer interminable. Que va a desarrollar los asuntos humanos en la guirnalda poética infinita, que propagará sus flores, sus racimos, sus zapayos oscuros de pesadas gotas y las catedrales de araucaria y de sequía. Pero sobre todo, el trigo de palabras sencillas que se multiplica centeno en vasta geografía, tierra de panllevar donde se hablan todas las lenguas, donde los humildes reciben la voz y la mano saludable de Neruda, desde el *Crepusculario* romántico y apaisado, hasta los cinco dedos de color brillante, el *Memorial de Isla Negra*, en una caja de cartón, abierta como fruta que deja ver los gajos de su última poesía.

¿Por qué es usted tan oscuro? Le preguntaron una vez a Neruda, en la hora seria y profunda, frecuentemente amarga, de *Residencia en la tierra*. Y él contestó: Pregúntelo a la noche, a las corrientes sumergidas, a los diamantes dormidos en el carbón, al funesto alegórico del sueño... ¿Por qué es usted tan sencillo? Volvieron a insistir los que en vano pretenden casar su pensamiento de notarios con la niña risueña y pensativa. Y como era ya la hora clara, Pablo contestó desde la casa de vidrio de las Odas: Pregúntenle al viento, a la cebolla y a las aguas manantiales... Y se fue corriendo y cantando, para subirse luego a un árbol infantil y comer una tras otra, cien ciruelas verdes con sal. (Después se acordó de que estaba enamorado, y con la navaja que lleva desde entonces en el bolsillo, como quien le saca punta a un lápiz aromático, se puso a escribir, a tallar los cien sonetos de amor y de madera que Matilde Urrutia guarda en su corazón definitivo.)

*Lo primero que vi fueron
árboles, barrancas
decoradas con flores de salvaje hermosura,
húmedo territorio, bosques que se incendiaban
y el invierno detrás del mundo, desbordado.*

Niño vestido de luto, poeta desde la primera línea, ganador de premios, perdedor siempre en la guerra de las bellotas. ¿Quién puede decir, si no la ha recibido atinada en la cabeza, cuánto duele una bellota, o la bola de nieve de Dargelos que oculta una pedrada? Niño luego adolescente, pájaro afilado con las alas de la capa negra

por Juan José Arreola

mojada, impedido por la lluvia, empapados los zapatos en los charcos que son todo el pueblo inundado de casas que flotan en el fango como palafitos sin patas. Pero que están prontas a arder y arden de veras año tras año cuando el largo invierno pasa y el sol vuelve la cara y el verano reseca el lodazal con su reverso de fuego. Basta una chispa descuidada, un cerillo que cae mal apagado, una leve discordia entre vecinos, y las casas de Temuco vuelan en torbellinos de incendio azuzadas por el viento.

¿De luto por quién? Por la lluvia, por el aire, por la tierra enfangada y por el fuego. Los cuatro elementos que van a ser los cuatro pilares de su poesía, asaltan a Temuco mal definido por la pobreza, la distancia y el olvido. Y Neruda se refugia en su casa, resonante y frágil, a leer libros de aventuras.

*Mi casa, las paredes cuya madera fresca,
recién cortada huele aún: destartada
casa de la frontera, que crujía
a cada paso, y silbaba con el viento de guerra
del tiempo austral, haciéndose elemento
de tempestad, ave desconocida
bajo cuyas heladas plumas creció mi canto.*

Amante precoz de la naturaleza y de los textos, explorador cotidiano de la selva inmediata, compañero de ásperos gañanes que le regalaban un pájaro, un insecto de alas fantásticas o la geométrica dulzura de un panal. Visitante nocturno de las maestranzas donde se funden y labran los metales, vio las pupilas fijas de las máquinas y el coro fantasmal de los obreros muertos; espectador de cruentas persecuciones, donde los araucanos caían derribados por el hacha de otros nuevos y feroces conquistadores. Amigo ya de la tipografía; un hábito de imprenta envolvió sus primeros versos entre las proclamas de los luchadores civiles. La injusticia presenciada, y la voz creciente del descontento anunciaba los cantos futuros, entre el zumbido fragante de los aserraderos, el murmullo del río y la crepitación de las hogueras. Pero muchas cosas tenían todavía que distraerlo, colmándolo de tristezas y de goces. Pronto la mujer vino a su lado, a partirlo en dos mitades suyas, antagónicas y enamoradas. Y junto a Morena la Besadora, Mariposa de otoño revolaba, amarilla y melancólica:

*Todo se va en la vida, amigos;
Se va o perece...*

*Se va la rosa que desates.
También la boca que te bese.*

Inclinado ya para siempre a la tristeza, dándose y rehusándose, Pablo Neruda veía en los ojos de la mujer más amada de entonces, la mirada de un niño triste como él, "delgado niño cuya pálida forma se impregnaba de bosques vacíos y bodegas". Más que el hijo directo que ata la pareja indisoluble, el adolescente apasionado y desdeñoso, se sabía destinado a propagar una descendencia vasta e innumerable, "hecha de toda la estructura del polen, de todo el viento ardiendo sobre estrellas impuras: oh amor, desenredado jardín que se consume, en ti se levantaron mis sueños y crecieron".

Amor que quiere libertarse para volver a amar, no es inconstancia marinera, sino clara conciencia de que el amor que se concreta en hijos y familia hará del poeta un hombre atado y sedentario, incapaz de recorrer los caminos que lo aguardan impacientes a través de la tierra y del mar.

*Luego llegué a la capital, vagamente impregnado
de niebla y lluvia. ¿Qué calles eran esas?
Los trajes de 1921 pululaban
en un olor atroz de gas, café y ladrillos.*

Y mientras estudiaba en Santiago pedagogía en francés, agotó el tesoro de amadas reminiscencias, de antiguas ataduras. Escribió el nuevo soneto a Elena, y Peleas y Melisanda volvieron a decir el diálogo del amor y de la muerte. Pero la vida juvenil lo sacaba de su cuarto llevándolo a empujones por la calle:

*Salí a vivir: crecí y endurecido
fui por los callejones miserables,
sin compasión, cantando en las fronteras
del delirio.*

*...
Entré a ser hombre
cantando entre las llamas, acogido
por compañeros de condición nocturna
que cantaron conmigo en los mesones...*

Ecós de semejantes aventuras resonarán después en el Estatuto del vino, y otros poemas de "condición nocturna". Pero antes, orgiástico y melancólico, hizo el libro maravilloso que daba al amor nueva lengua entre nosotros. El libro que representa la primera plenitud poética de Pablo Neruda y que realiza un milagro: pone en los labios del pueblo la canción del amor individual, y nadie tropieza al repetirla, a pesar de que el libro está lleno de ordenaciones imprevistas: "...eras la boina gris y el corazón en calma... Galopa la noche en su yegua sombría, desparramando espigas azules sobre el campo".

Hondos y desiguales ejercicios: *Tentativa del hombre infinito*, *El habitante y su esperanza* y la redonda prosa de los *Anillos*, iban haciendo posible al Neruda capital de las *Residencias*. Pero seguía la hora del amor tumultuoso, juvenil y frenético:

*Mordí mujer, me hundí desvaneciéndome
desde mi fuerza, atesoré racimos*

*y salí a caminar de beso en beso,
atado a las caricias, amarrado
a esta gruta de fría cabellera,
a estas piernas por labios recorridas:
hambriento entre los labios de la tierra,
devorando con labios devorados.*

La posesión de la mujer hace posible la posesión del mundo. Ha llegado la hora de los viajes, que serán interminables. Como el otro, grande también aunque distinto, Neruda es un "inspector general de la creación, el contralor de la *cosa* presente". Y va a recorrer la tierra paso a paso, agrimensor, botánico, geógrafo, zoólogo, coleccionista de piedras y cristales, de maderas, de utensilios, de ritos, de caracoles y conchas, y de esos residuos que el agua del mar deja en la playa, pulidos, escuetos y ornamentales, que tanto se asemejan a sus versos. Sabe como el otro, grande también aunque distinto, que todos los objetos y las criaturas de la tierra son las letras de un inmenso abecedario, y que con él se compone la oda grande, el Canto General que va a devolvernos las cosas desconocidas y perdidas, limpias y recién nombradas.

Después de un largo rodeo por ciudades aparentemente egregias, el cónsul Pablo Neruda llega a los arrabales del mundo; a los pueblos todavía suburbanos:

*Y salí por los mares a los puertos...
Viví en Birmania, entre las cúpulas
de metal poderoso, y la espesura
donde el tigre quemaba sus anillos
de oro sanguinario.*

En Oriente, otra vez la pobreza tomó su alma por asalto:

*India, no amé tu desgarrado traje,
tu desolada población de harapos...
Entré a los templos, estuco y pedrería
hacen las gradas, sangre y muerte sucias
y los bestiales sacerdotes, ebrios
del estupor ardiente, disputándose
monedas revolcadas en el suelo...*

Había llegado la hora grave de *Residencia en la tierra*. El habitante se dio cuenta de que vivía entre paredes inmundas, apuntaladas por prostitutas y mendigos. Y en su alma, casi todo estaba cayéndose, "como un naufragio hacia dentro nos morimos / como un irnos cayendo desde la piel al alma..." Sueños malsanos batían alas de murciélago viscoso, en un delirio de malaria. Pero Pablo Neruda siempre ha salido a flote de todos los naufragios, y el desmesurado Hondero que lanzó a las estrellas su equivalente entusiasta, alternaba con el antropólogo poeta. Prevalció por entonces la voz oscura, sonora de graves opacidades, con un ritmo lento, bamboleante, de hombre que camina por el fango, al mismo tiempo original y envilecido. Oriente y Occidente, mezclados en su alma le decían al pasajero eternas desventuras:

*Golfos pestilenciales elevaban
techos de pedrería desbordante,
y en anchos ríos la vivienda
de millares de pobres, apretados*

*en las embarcaciones, y otros, todos
cubrían la infinita tierra...*

...

Sucede que me canso de ser hombre...

*No quiero para mí tantas desgracias.
No quiero continuar de raíz y de tumba,
de subterráneo solo, de bodega con muertos,
aterido, muriéndome de pena.*

Y golpea la campana sangrienta de la Guerra Civil Española. Pablo Neruda, después de muchas idas y regresos, se congrega por fin y reconoce para siempre a sus hermanos. Forma en las filas de una Brigada Internacional que luchará desde entonces por la paz en la tierra, para que ya no se oiga "el silbido de la ametralladora, sino una canción, y otra canción y otra canción..."

"El mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado." Hay en mi corazón furias y penas, dice con "el antiguo escalofrío del sabio moribundo". Y *Las furias y las penas* inauguran, haciéndolo definitivo, el tono que a partir de la *Tercera residencia*, será el más grande, profundo y extenso que Neruda nos hace escuchar. "¿Por qué no canta con aquella locura armoniosa de antaño?", pueden preguntarle los enamorados de los Veinte Poemas, como le preguntaron al último Darío los críticos amables e inoperantes. Y Neruda, que a donde quiera que va entra cantando "como con una espada entre indefensos", y que conoce también el prodigio de la hora y la desgracia del año, contestó al "viejo joven transitorio de pluma: Yo pongo el alma mía donde quiero / y no me nutro de papel cansado, / adobado de tinta y de tintero..."

Y comienza el canto de la dicha y la desdicha de todos los hombres de la tierra. El canto a las ciudades moribundas, a los héroes que vivos o muertos sostienen el laurel de la victoria ensangrentada. Y para nosotros, comienza también el canto de la revelación, el descubrimiento de América. La enumeración poética de nuestros bienes, y la amarga letanía de las desgracias... La voz de Neruda se ha vuelto más clara, limpia y categórica:

*No escribo para que otros libros me aprisionen
ni para encarnizados aprendices de lirio,
sino para sencillos habitantes que piden
agua y luna, elementos del orden inmutable,
escuelas, pan y vino, guitarras y herramientas.*

Y el que supo y pudo asomarse a los abismos geológicos del yo para alcanzar los más profundos niveles de la conciencia individual, el que sacó a la luz los abisales peces, los deslumbrantes y siniestros hallazgos del sueño y del delirio, dice con voz tranquila: "La sombra que indagué ya no me pertenece." Ahora entrega, en versos elementales, el tesoro abierto de la luz alcanzada. (Que otros sigan a tientas, acariciando solitarios sus enigmas.)

*... más abajo, en el oro de la geología,
como una espada envuelta en meteoros,*

*hundí la mano turbulenta y dulce
en lo más genital de lo terrestre.*

La mujer y la tierra están finalmente identificadas y poseídas, con el hombre adentro. Con palabras recién impresas sobre palpable harina, Pablo Neruda recorre el mundo como un maestro jovial, enseñando el oficio de hombre con su nuevo método en verso, traducido en todas las lenguas. Y como sabe que la poesía quiere salirse de los libros, anda diciéndola por calles y plazas. En congresos, universidades y academias que él convierte otra vez en jardines, para que cada quien recoja la flor que le conviene como un distintivo de paz.

Y las odas se multiplican, rociadas de aceite, aromáticas de ajo y de cebolla. Verticales y sucesivas van cayendo en medio de la página blanca, sus granos de uva y de granizo. Y para demostrarnos que es un hombre capaz de todo, Pablo Neruda se echa a reír y colecciona el *Estravagario*. Otra vez el sueño, pero ya sin sombra de pesadilla. El puro regocijo del niño grande que junta estampas y versos con venturoso azar. Y a los malvados que dudan y lo vuelven a acometer, les contesta con agrias y dulces bromas, con flamantes burlas, con insultos de juguete, porque ya no tiene voluntad para los odios menudos, porque a todo lo malo de este mundo lo maldijo con grandeza. Ahora sólo quiere derramar el pan y biendecir de todos, sentado a la mesa entre sus amigos, presto a conocer el cielo en el caldillo de congrio, ante una botella de vino inteligente.

Nada más natural entonces que Pablo Neruda diga en este disco los poemas que suenan mejor en sus propios oídos, porque se ha unido ya para siempre a las gentes sencillas y no quiere propagar dificultades. De todas maneras, el que lea y escuche, se dará cuenta de que habla el poeta esencial. Pablo Neruda risueño y amoroso, apóstol y soñador. Fabulista, cordial, solemne y testamentario:

*Dejo a los sindicatos
del cobre, del carbón y del salitre
mi casa junto al mar de Isla Negra...
Dejo mis viejos libros, recogidos
en rincones del mundo, venerados
en su tipografía majestuosa,
a los nuevos poetas de América,
a los que un día
hilarán en el ronco telar interrumpido
las significaciones de mañana...
Que amen como yo amé mi Manrique, mi Góngora,
mi Garcilaso, mi Quevedo:*

*... fueron
titánicos guardianes, armaduras
de platino y nevada transparencia,
que me enseñaron el rigor, y busquen
en mi Lautréamont viejos lamentos
entre pestilenciales agonías.*

*Que en Mayakovski vean cómo ascendió la estrella
y cómo de sus rayos nacieron las espigas.*

ANTOLOGÍA POÉTICA

CARA I LA CASA DE LAS ODAS ✓

Duración:
17'25"

Escribiendo
estas
odas
en este
año mil
novecientos
cincuenta y cinco,
desplegando y tañendo
mi lira obligatoria y rumorosa
sé lo que soy
y adónde va mi canto.

Comprendo
que el comprador de mitos
y misterios
entre
en mi casa de odas,
hecha
con adobe y madera,
y odie
los utensilios,
los retratos
de padre y madre y patria
en las paredes,
la sencillez
del pan
y del salero.
Pero es así la casa de mis odas.

Yo destroné la negra monarquía,
la cabellera inútil de los sueños,
pisé la cola
del reptil mental,
y dispuse las cosas
—agua y fuego—
de acuerdo con el hombre y con la tierra.
Quiero que todo

por Pablo Neruda

tenga
empuñadura,
que todo sea
taza o herramienta.
Quiero que por la puerta de mis odas
entre la gente a la ferretería.

Yo trabajo
cortando
tablas frescas,
acumulando miel
en las barricas,
disponiendo
herraduras, arneses,
tenedores:
que entre aquí todo el mundo,
que pregunte,
que pida lo que quiera.

Yo soy del Sur, chileno,
navegante
que volvió
de los mares.

No me quedé en las islas,
coronado.

No me quedé sentado
en ningún sueño.

Regresé a trabajar sencillamente
con todos los demás
y para todos.

Para que todos vivan
en ella
hago mi casa
con odas
transparentes.

Nuevas odas elementales, 1956

ODA AL ACEITE

Cerca del rumoroso
cereal, de las olas
del viento en las avenas,

el olivo

de volumen plateado,
severo en su linaje,
en su torcido
corazón terrestre:
las gráciles
olivas
pulidas
por los dedos
que hicieron
la paloma
y el caracol
marino:
verdes,
innumerables,
purísimos
pezones
de la naturaleza,
y allí
en
los secos
olivares,
donde
tan sólo
cielo azul con cigarras,
y tierra dura
existen,
allí
el prodigio,
la cápsula
perfecta
de la oliva
llenando
con sus constelaciones el follaje:
más tarde
las vasijas,
el milagro,
el aceite.

Yo amo
las patrias del aceite,
los olivares
de Chacabuco, en Chile,
en las mañanas
las plumas de platino
forestales
contra las arrugadas
cordilleras,
en Anacapri, arriba,
sobre la luz tirrena,
la desesperación de los olivos,
y en el mapa de Europa,

España,
cesta negra de aceitunas
espolvoreada por los azahares
como una ráfaga marina.

Aceite,
recóndita y suprema
condición de la olla,
pedestal de perdices,
llave celeste de la mayonesa,
suave y sabroso
sobre las lechugas
y sobrenatural en el infierno
de los arzobispaes pejerreyes.
Aceite, en nuestra voz, en
nuestro coro,
con
íntima
suavidad poderosa
cantas:
eres idioma
castellano:
hay sílabas de aceite,
hay palabras
útiles y olorosas
como tu fragante materia.
No sólo canta el vino,
también canta el aceite,
vive en nosotros con su luz madura
y entre los bienes de la tierra
aparto,
aceite,
tu inagotable paz, tu esencia verde,
tu colmado tesoro que desciende
desde los manantiales del olivo.

Nuevas odas elementales, 1956

PIDO SILENCIO

Ahora me dejen tranquilo.
Ahora se acostumbren sin mí.

Yo voy a cerrar los ojos.

Y sólo quiero cinco cosas,
cinco raíces preferidas.

Una es el amor sin fin.

Lo segundo es ver el otoño.
No puedo ser sin que las hojas
vuelen y vuelvan a la tierra.

Lo tercero es el grave invierno,
la lluvia que amé, la caricia
del fuego en el frío silvestre.

En cuarto lugar el verano
redondo como una sandía.

La quinta cosa son tus ojos.
Matilde mía, bienamada,
no quiero dormir sin tus ojos,
no quiero ser sin que me mires:
yo cambio la primavera
porque tú me sigas mirando.

Amigos, eso es cuanto quiero.
Es casi nada y casi todo.

Ahora si quieren se vayan.

He vivido tanto que un día
tendrán que olvidarme por fuerza,
borrándome de la pizarra:
mi corazón fue interminable.

Pero porque pido silencio
no crean que voy a morirme:
me pasa todo lo contrario:
sucede que voy a vivirme.

Sucede que soy y que sigo.

No será pues sino que adentro
de mí crecerán cereales,
primero los granos que rompen
la tierra para ver la luz,
pero la madre tierra es oscura:
y dentro de mí soy oscuro:
soy como un pozo en cuyas aguas
la noche deja sus estrellas
y sigue sola por el campo.

Se trata de que tanto he vivido
que quiero vivir otro tanto.

Nunca me sentí tan sonoro,
nunca he tenido tantos besos.

Ahora, como siempre, es temprano.
Vuela la luz con sus abejas.

Déjenme sólo con el día.
Pido permiso para nacer.

Estravagario, 1958

FÁBULA DE LA SIRENA Y LOS BORRACHOS

Todos estos señores estaban dentro
cuando ella entró completamente desnuda

ellos habían bebido y comenzaron a escupirla
ella no entendía nada recién salía del río
era una sirena que se había extraviado
los insultos corrían sobre su carne lisa
la inmundicia cubrió sus pechos de oro
ella no sabía llorar por eso no lloraba
no sabía vestirse por eso no se vestía
la tatuaron con cigarrillos y con corchos quemados
y reían hasta caer al suelo de la taberna
ella no hablaba porque no sabía hablar
sus ojos eran color de amor distante
sus brazos contruidos de topacios gemelos
sus labios se cortaron en la luz del coral
y de pronto salió por esa puerta
apenas entró al río quedó limpia
relució como una piedra blanca en la lluvia
y sin mirar atrás nadó de nuevo
nadó hacia nunca más hacia morir.

Estravagario, 1958

EL GRAN MANTEL

Cuando llamaron a comer
se abalanzaron los tiranos
y sus cocotas pasajeras,
y era hermoso verlas pasar
como avispa de busto grueso
seguidas por aquellos pálidos
y desdichados tigres públicos.

Su oscura ración de pan
comió el campesino en el campo,
estaba solo y era tarde,
estaba rodeado de trigo,
pero no tenía más pan,
se lo comió con dientes duros,
mirándolo con ojos duros.

En la hora azul del almuerzo,
la hora infinita del asado,
el poeta deja su lira,
toma el cuchillo, el tenedor
y pone su vaso en la mesa,
y los pescadores acuden
al breve mar de la sopera.
Las papas ardiendo protestan
entre las lenguas del aceite.
Es de oro el cordero en las brasas
y se desviste la cebolla.
Es triste comer de frac,
es comer en un ataúd,
pero comer en los conventos
es comer ya bajo la tierra.
Comer solos es muy amargo
pero no comer es profundo,
es hueco, es verde, tiene espinas

como una cadena de anzuelos
que cae desde el corazón
y que te clava por adentro.

Tener hambre es como tenazas,
es como muerden los cangrejos,
quema, quema y no tiene fuego:
el hambre es un incendio frío.
Sentémonos pronto a comer
con todos los que no han comido,
pongamos los largos manteles,
la sal en los lagos del mundo,
panaderías planetarias,
mesas con fresas en la nieve,
y un plato como la luna
en donde todos almorcemos.

Por ahora no pido más
que la justicia del almuerzo.

Estravagario, 1958

SOBRE MI MALA EDUCACIÓN

Cuál es el cuál, cuál es el cómo?
Quién sabe cómo conducirse?

Qué naturales son los peces!
Nunca parecen inoportunos.
Están en el mar invitados
y se visten correctamente
sin una escama de menos,
condecorados por el agua.

Yo todos los días pongo
no sólo los pies en el plato,
sino los codos, los riñones,
la lira, el alma, la escopeta.

No sé qué hacer con las manos
y he pensado venir sin ellas,
pero dónde pongo el anillo?
Qué pavorosa incertidumbre!

Y luego no conozco a nadie
No recuerdo sus apellidos.

—Me parece conocer a usted.
—No es usted un contrabandista?
—Y usted señora no es la amante
del alcohólico poeta
que se paseaba sin cesar,
sin rumbo fijo por las cornisas?
—Voló porque tenía alas.
—Y usted continúa terrestre.

—Me gustaría haberla entregado
como india viuda a un gran brasero,
no podríamos quemarla ahora?
Resultaría palpitante!

Otra vez en una Embajada
me enamoré de una morena,
no quiso desnudarse allí,
y yo se lo increpé con dureza:
estás loca, estatua silvestre,
cómo puedes andar vestida?

Me desterraron duramente
de ésta y de otras reuniones,
si por error me aproximaba
cerraban ventanas y puertas.

Anduve entonces con gitanos
y con prestidigitadores,
con marineros sin buque,
con pescadores sin pescado,
pero todos tenían reglas,
inconcebibles protocolos
y mi educación lamentable
me trajo malas consecuencias.

Por eso no voy y no vengo,
no me visto ni ando desnudo,
eché al pozo los tenedores,
las cucharas y los cuchillos.
Sólo me sonrío a mí solo,
no hago preguntas indiscretas
y cuando vienen a buscarme,
con gran honor, a los banquetes,
mando mi ropa, mis zapatos,
mi camisa con mi sombrero,
pero aún así no se contentan:
iba sin corbata mi traje.

Así para salir de dudas
me decidí a una vida honrada
de la más activa pereza,
purifiqué mis intenciones,
salí a comer conmigo solo
y así me fui quedando mudo.
A veces me saqué a bailar,
pero sin gran entusiasmo,
y me acuesto solo, sin ganas,
por no equivocarme de cuarto.

Adiós, porque vengo llegando.
Buenos días, me voy de prisa.

Cuando quieran verme ya saben:
búsqnenme donde no estoy
y si les sobra tiempo y boca
pueden hablar con mi retrato.

Estravagario, 1958

DÓNDE ESTARÁ LA GUILLERMINA? ✓

Dónde estará la Guillermina?

Cuando mi hermana la invitó
y yo salí a abrirle la puerta,
entró el sol, entraron estrellas,
entraron dos trenzas de trigo
y dos ojos interminables.

Yo tenía catorce años
y era orgullosamente oscuro,
delgado, ceñido y fruncido,
funeral y ceremonioso:
yo vivía con las arañas,
humedecido por el bosque,
me conocían los coleópteros
y las abejas tricolores,
yo dormía con las perdices
sumergido bajo la menta.

Entonces entró la Guillermina
con dos relámpagos azules
que me atravesaron el pelo
y me clavaron como espadas
contra los muros del invierno.
Esto sucedió en Temuco.
Allá en el Sur, en la frontera.

Han pasado lentos los años
pisando como paquidermos,
ladrando como zorros locos,
han pasado impuros los años
crecientes, raídos, mortuorios,
y yo anduve de nube en nube,
de tierra en tierra, de ojo en ojo,
mientras la lluvia en la frontera
caía, con el mismo traje.

Mi corazón ha caminado
con intransferibles zapatos,
y he digerido las espinas:
no tuve tregua donde estuve:
donde yo pegué me pegaron,
donde me mataron caí
y resucité con frescura,
y luego y luego y luego y luego,
es tan largo contar las cosas.

No tengo nada que añadir.

Vine a vivir en este mundo.

Dónde estará la Guillermina?

Estravagario, 1958

TESTAMENTO DE OTOÑO

*El poeta entra
a contar su
condición
y predilecciones*

Entre morir y no morir
me decidí por la guitarra
y en esta intensa profesión
mi corazón no tiene tregua,
porque donde menos me esperan
yo llegaré con mi equipaje
a cosechar el primer vino
en los sombreros del Otoño.

Entraré si cierran la puerta
y si me reciben me voy,
no soy de aquellos navegantes
que se extravían en el hielo:
yo me acomodo como el viento,
con las hojas más amarillas,
con los capítulos caídos
de los ojos de las estatuas
y si en alguna parte descanso
es en la propia nuez del fuego,
en lo que palpita y crepita
y luego viaja sin destino.

A lo largo de los renglones
habrás encontrado tu nombre,
lo siento muchísimo poco,
no se trataba de otra cosa
sino de muchísimas más,
porque eres y porque no eres
y esto le pasa a todo el mundo,
nadie se da cuenta de todo
y cuando se suman las cifras
todos éramos falsos ricos:
ahora somos nuevos pobres.

*Habla de sus
enemigos y les
participa su
herencia*

He sido cortado en pedazos
por rencorosas alimañas
que parecían invencibles.
Yo me acostumbé en el mar
a comer pepinos de sombra,
extrañas variedades de ámbar
y a entrar en ciudades perdidas
con camiseta y armadura
de tal manera que te matan
y tú te mueres de la risa.

Dejo pues a los que ladraron
mis pestañas de caminante,
mi predilección por la sal,
la dirección de mi sonrisa
para que todo lo lleven
con discreción, si son capaces:
ya que no pudieron matarme
no puedo impedirles después

CARA II
Duración:
19'55"

que no se vistan con mi ropa,
que no aparezcan los domingos
con trocitos de mi cadáver,
ceteramente disfrazados.
Si no dejé tranquilo a nadie
no me van a dejar tranquilo,
y se verá y eso no importa:
publicarán mis calcetines.

*Se dirige a otros
sectores*

Dejé mis bienes terrenales
a mi Partido y a mi pueblo,
ahora se trata de otras cosas,
cosas tan oscuras y claras
que son sin embargo una sola.
Así sucede con las uvas,
y sus dos poderosos hijos,
el vino blanco, el vino rojo,
toda la vida es roja y blanca,
toda claridad es oscura,
y no todo es tierra y adobe,
hay en mi herencia sombra y sueños.

*Contesta
a algunos
bien
intencionados*

Me preguntaron una vez
por qué escribía tan oscuro,
pueden preguntarlo a la noche,
al mineral, a las raíces.
Yo no supe qué contestar
hasta que luego y después
me agredieron dos desalmados
acusándome de sencillo:
que responda el agua que corre
y me fui corriendo y cantando.

*Destina
sus penas*

A quién dejó tanta alegría
que pululó por mis venas
y este ser y no ser fecundo
que me dio la naturaleza?
He sido un largo río lleno
de piedras duras que sonaban
con sonidos claros de noche,
con cantos oscuros de día
y a quién puedo dejarle tanto,
tanto qué dejar y tan poco,
una alegría sin objeto,
un caballo solo en el mar,
un telar que tejía viento?

*Dispone
de sus regocijos*

Mis tristezas se las destino
a los que me hicieron sufrir,
pero me olvidé cuáles fueron,
y no sé dónde las dejé,
si las ven en medio del bosque
son como las enredaderas
suben del suelo con sus hojas

y terminan donde terminas,
en tu cabeza o en el aire,
y para que no suban más
hay que cambiar de primavera.

*Se pronuncia en
contra del odio*

Anduve acercándome al odio,
son serios sus escalofríos,
sus nociones vertiginosas.
El odio es un pez espada,
se mueve en el agua invisible
y entonces se le ve venir,
y tiene sangre en el cuchillo:
lo desarma la transparencia.

Entonces para qué odiar
a los que tanto nos odiaron?
Allí están debajo del agua
acechadores y acostados
preparando espada y alcuza,
telarañas y telaperros.
No se trata de cristianismos,
no es oración ni sastrería,
sino que el odio perdió:
se le cayeron las escamas
en el mercado del veneno,
y mientras tanto sale el sol
y uno se pone a trabajar
y a comprar su pan y su vino.

*Pero lo
considera en
su testamento*

Al odio le dejaré
mis herraduras de caballo,
mi camiseta de navío,
mis zapatos de caminante,
mi corazón de carpintero,
todo lo que supe hacer
y lo que me ayudó a sufrir,
lo que tuve de duro y puro,
de indisoluble y emigrante,
para que se aprenda en el mundo
que los que tienen bosque y agua
pueden cortar y navegar,
pueden ir y pueden volver,
pueden padecer y amar,
pueden temer y trabajar,
pueden ser y pueden seguir,
pueden florecer y morir,
pueden ser sencillos y oscuros,
pueden no tener orejas,
pueden aguantar la desdicha,
pueden esperar una flor,
en fin, podemos existir,
aunque no acepten nuestras vidas
unos cuantos hijos de puta.

*Finalmente se
dirige con
arrobamiento
a su amada* Matilde Urrutia, aquí te dejo
lo que tuve y lo que no tuve,
lo que soy y lo que no soy.
Mi amor es un niño que llora,
no quiere salir de tus brazos,
yo te lo dejo para siempre:
eres para mí la más bella.

Eres para mí la más bella,
la más tatuada por el viento,
como un arbolito del sur,
como un avellano en agosto,
eres para mí suculenta
como una panadería,
es de tierra tu corazón
pero tus manos son celestes.

Eres roja y eres picante,
eres blanca y eres salada
como escabeche de cebolla,
eres un piano que ríe
con todas las notas del alma
y sobre mí cae la música
de tus pestañas y tu pelo,
me baño en tu sombra de oro
y me deleitan tus orejas
como si las hubiera visto
en las mareas de coral:
por tus uñas luché en las olas
contra pescados pavorosos.

De Sur a Sur se abren tus ojos,
y de Este a Oeste tu sonrisa,
no se te pueden ver los pies,
y el sol se entretiene estrellando
el amanecer en tu pelo.
Tu cuerpo y tu rostro llegaron
como yo, de regiones duras,
de ceremonias lluviosas,
de antiguas tierras y martirios,
sigue cantando el Bío-Bío
en nuestra arcilla ensangrentada,
pero tú trajiste del bosque,
todos los secretos perfumes
y esa manera de lucir
un perfil de flecha perdida,
una medalla de guerrero.
Tú fuiste mi vencedora
por el amor y por la tierra,
porque tu boca me traía
antepasados manantiales,
citas en bosque de otra edad,
oscuros tambores mojados:
de pronto oí que me llamaban:
era de lejos y de cuando:

me acerqué al antiguo follaje
y besé mi sangre en tu boca,
corazón mío, mi araucana.

Qué puedo dejarte si tienes,
Matilde Urrutia, en tu contacto
ese aroma de hojas quemadas,
esa fragancia de frutillas
y entre tus dos pechos marinos
el crepúsculo de Cauquenes
y el olor de peumo de Chile?

Es el alto otoño del mar
lleno de niebla y cavidades,
la tierra se extiende y respira,
se le caen al mes las hojas.
Y tú inclinada en mi trabajo
con tu pasión y tu paciencia
deletreando las patas verdes,
las telarañas, los insectos
de mi mortal caligrafía,
oh leona de pies pequeñitos,
qué haría sin tus manos breves?
dónde andaría caminando
sin corazón y sin objeto?
en qué lejanos autobuses,
enfermo de fuego o de nieve?

Te debo el otoño marino
con la humedad de las raíces,
y la niebla como una uva,
y el sol silvestre y elegante:
te debo este cajón callado
en que se pierden los dolores
y sólo suben a la frente
las corolas de la alegría.
Todo te lo debo a ti,
tórtola desencadenada,
mi codorniza copetona,
mi jilguero de las montañas,
mi campesina de Coihueco.
Alguna vez si ya no somos,
si ya no vamos ni venimos
bajo siete capas de polvo
y los pies secos de la muerte,
estaremos juntos, amor,
extrañamente confundidos.
Nuestras espinas diferentes,
nuestros ojos maleducados,
nuestros pies que no se encontraban
y nuestros besos indelebles,
todo estará por fin reunido,
pero de qué nos servirá
la unidad en un cementerio?

Que no nos separe la vida
y se vaya al diablo la muerte!

Estravagario, 1958

ETERNIDAD

Escribo para una tierra recién secada, recién fresca de flores, de polen, de argamasa, escribo para unos cráteres cuyas cúpulas de tiza repiten su redondo vacío junto a la nieve pura, dictamino de pronto para lo que apenas lleva el vapor ferruginoso recién salido del abismo, hablo para las praderas que no conocen apellido sino la pequeña campanilla del líquen o el estambre quemado o la áspera espesura donde la yegua arde.

De dónde vengo, sino de estas primerizas, azules materias que se enredan o se encrespan o se destituyen o se esparcen a gritos o se derraman sonámbulas, o se trepan y forman el baluarte del árbol, o se suman y amarran la célula del cobre o saltan a la rama de los ríos, o sucumben en la raza enterrada del carbón o relucen en las tinieblas verdes de la uva?

En las noches duermo como los ríos recorriendo algo incesantemente, rompiendo, adelantando la noche natatoria, levantando las horas hacia la luz, palpando las secretas imágenes que la cal ha desterrado, subiendo por el bronce hasta las cataratas recién disciplinadas, y toco en un camino de ríos lo que no distribuye sino la rosa nunca nacida, el hemisferio ahogado. La tierra es una catedral de párpados pálidos, eternamente unidos y agregados en un vendaval de segmentos, en una sal de bóvedas, en un color final de otoño perdonado.

No habéis, no habéis tocado jamás en el camino lo que la estalactita desnuda determina, la fiesta entre las lámparas glaciales, el alto frío de las hojas negras, no habéis entrado conmigo en las fibras que la tierra ha escondido, no habéis vuelto a subir después de muertos grano a grano las gradas de la arena hasta que las coronas del rocío de nuevo cubran una rosa abierta, no podéis existir sin ir muriendo con el vestuario usado de la dicha.

Pero yo soy el nimbo metálico, la argolla encadenada a espacios, a nubes, a terrenos

que toca despeñadas y enmudecidas aguas,
y vuelve a desafiar la intemperie infinita.

Canto General de Chile, 1943

SONETOS

VI

En los bosques, perdido, corté una rama oscura
y a los labios, sediento, levanté su susurro:
era tal vez la voz de la lluvia llorando,
una campana rota o un corazón cortado.

Algo que desde tan lejos me parecía
oculto gravemente, cubierto por la tierra,
un grito ensordecido por inmensos otoños,
por la entreabierta y húmeda tiniebla de las hojas.

Pero allí, despertando de los sueños del bosque,
la rama de avellano cantó bajo mi boca
y su errabundo olor trepó por mi criterio

como si me buscaran de pronto las raíces
que abandoné, la tierra perdida con mi infancia,
y me detuve herido por el aroma errante.

XXIV

Amor, amor, las nubes a la torre del cielo
subieron como triunfantes lavanderas,
y todo ardió en azul, todo fue estrella:
el mar, la nave, el día se desterraron juntos.

Ven a ver los cerezos del agua constelada
y la clave redonda del rápido universo,
ven a tocar el fuego del azul instantáneo,
ven antes de que sus pétalos se consuman.

No hay aquí sino luz, cantidades, racimos,
espacio abierto por las virtudes del viento
hasta entregar los últimos secretos de la espuma,

Y entre tantos azules celestes, sumergidos,
se pierden nuestros ojos adivinando apenas
los poderes del aire, las llaves submarinas.

XXXVIII

Amor, de grano a grano, de planeta a planeta,
la red del viento con sus países sombríos,
la guerra con sus zapatos de sangre,
o bien el día y la noche de la espiga.

Por donde fuimos, islas o puentes o banderas,
violines del fugaz otoño acribillado,
repitió la alegría los labios de la copa,
el dolor nos detuvo con su lección de llanto.

En todas las repúblicas desarrollaba el viento
su pabellón impune, su glacial cabellera
y luego regresaba la flor a sus trabajos.

Pero en nosotros nunca se calcinó el otoño,
y en nuestra patria inmóvil germinaba y crecía
el amor con los derechos del rocío.

XXX

Tienes del archipiélago las hebras del alerce,
la carne trabajada por los siglos del tiempo,
venas que conocieron el mar de las maderas,
sangre verde caída del cielo a la memoria.

Nadie recogerá mi corazón perdido
entre tantas raíces, en la amarga frescura
del sol multiplicado por la furia del agua,
allí vive la sombra que no viaja conmigo.

Por eso tú saliste del Sur como una isla
poblada y coronada por plumas y maderas
y yo sentí el aroma de los bosques errantes,

hallé la miel oscura que conocí en la selva,
y toqué en tus caderas los pétalos sombríos
que nacieron conmigo y construyeron mi alma.

XXIX

Vienes de la pobreza de las casas del Sur,
de las regiones duras con frío y terremoto
que cuando hasta sus dioses rodaron a la muerte
nos dieron la lección de la vida en la greda.

Eres un caballito de greda negra, un beso
de barro oscuro, amor, amapola de greda,
paloma del crepúsculo que voló en los caminos,
alcancía con lágrimas de nuestra pobre infancia.

Muchacha, has conservado tu corazón de pobre,
tus pies de pobre acostumbrados a las piedras,
tu boca que no siempre tuvo pan o delicia.

Eres del pobre Sur, de donde viene mi alma:
en su cielo tu madre sigue lavando ropa
con mi madre. Por eso te escogí, compañera.

Cien sonetos de amor, 1959